

GLOBALIZACIÓN Y CRISIS COMO FACTORES CONDICIONANTES DE POBREZA, DESIGUALDAD Y HAMBRE EN AMÉRICA LATINA

Dr. José Félix García Rodríguez.¹

Dr. Oscar Priego Hernández²

Dr. Jorge Rebollo Meza³

RESUMEN

La globalización y la economía neoliberal han significado progreso tecno económico y bienestar social. No obstante, también han traído consigo niveles enormes de pobreza, desigualdad y hambre a escala global, estimándose que mil setecientos millones de personas en el mundo viven en pobreza multidimensional. Pobreza y desigualdad van de la mano; la desigualdad refiere a la forma en que el ingreso se encuentra distribuido entre la población. La desigualdad cierra el acceso a la educación, la salud y otros satisfactores básicos que constituyen los pilares del capital humano y la productividad de los países.

Los problemas de hambre y pobreza se retroalimentan mutuamente, constituyendo las dos caras de la misma moneda. El origen del problema del hambre no está en la falta de producción de alimentos, sino en la mala distribución y la especulación física y financiera a que da origen. En síntesis, los problemas de pobreza, desigualdad son de naturaleza compleja y multicausal, y deben ser abordados como una responsabilidad del Estado nacional mediante el diseño e implementación de políticas públicas efectivas tendientes al cambio social.

Palabras clave: Globalización, pobreza, desigualdad, hambre

¹ Doctor en Finanzas Públicas. Profesor Investigador. Universidad Juárez Autónoma de Tabasco. División Académica de Ciencias Económico-Administrativas, Email: jfgr55@hotmail.com

² Doctor en Finanzas Públicas. Profesor Investigador. Universidad Juárez Autónoma de Tabasco. División Académica de Ciencias Económico-Administrativas, Email: priegooscarh@hotmail.com

³ Doctor en Administración Pública. Universidad Juárez Autónoma de Tabasco. División Académica de Ciencias Económico-Administrativas.

Introducción

En el mundo, la crisis económica asociada al fenómeno de la globalización ha impactado negativamente en las condiciones económicas y de bienestar social de todos los países, sean pobres o ricos. En América Latina particularmente, la crisis ha acentuado notablemente los problemas asociados al subdesarrollo, principalmente la pobreza, desigualdad, estancamiento económico, desempleo e inseguridad.

En este contexto, son dos los grandes escenarios en América Latina que ocupan y preocupan en la actualidad: la inserción de las economías locales al contexto de la globalización en términos de ventajas competitivas y el estancamiento del desarrollo económico y la caída en la calidad de vida de la población debido a la crisis económica global.

En ambos escenarios, el Estado nacional está obligado a intervenir de manera decidida mediante la instrumentación de políticas públicas orientadas al cambio social, a través de una política económica enfocada al bienestar social.

Una de las razones que explican el alto nivel de bienestar y prosperidad de los países ricos, es el papel jugado por el Estado como promotor del desarrollo económico y social. Ello ha significado largos períodos de esfuerzos y sacrificios, esfuerzos que han descansado básicamente en el ahorro interno, en la inversión en capital y tecnología, y sobre todo en la inversión pública realizada para la formación de capital humano y físico. Todo ello, se ha traducido en altos niveles de progreso económico, bienestar y desarrollo humano de sus habitantes.

En contraste, los países pobres y en vías de desarrollo no cuentan con la suficiente base económica y voluntad política que les permita invertir los recursos necesarios para la

superación de la pobreza y el rezago social. Particularmente, América Latina se destaca por injustificables niveles de pobreza y desigualdad social y económica.

1. Pobreza

Uno de los problemas más debatidos dentro del ámbito de la economía, la política, la filosofía y la ética es la pobreza, entendida como una condición socioeconómica de naturaleza multidimensional y compleja que limita el bienestar de las personas y el desarrollo económico de los países. La pobreza puede abordarse desde una perspectiva disciplinaria y multidisciplinaria, así como desde un punto de vista teórico y práctico. De manera tradicional, se consideran pobres aquellas personas, familias y grupos de personas cuyos recursos monetarios comparados con una línea de bienestar predeterminada son tan limitados, que los obligan a estar excluidos de una forma de vida mínimamente aceptable.

Como puede apreciarse, el ingreso monetario es la variable comúnmente utilizada para la medición de la pobreza, lo que se conoce también como pobreza absoluta. Este criterio de análisis del problema constituye una de las principales limitantes de los programas públicos contra la pobreza implementados por los países, ya que al reducir su propósito al hecho de que los pobres cuenten con un ingreso monetario que los ubique por encima de una línea de pobreza predeterminada, deja de lado múltiples factores determinantes y condicionantes del problema, puesto que la pobreza es un problema de naturaleza multidimensional y compleja.

De esta manera, existe una causalidad compleja de la pobreza que va más allá del simple concepto de ingreso, pues ésta tiene una naturaleza multifactorial, y es resultado de la combinación de factores macro, micro y contingentes (shocks) que enfrentan los hogares y las personas. Particularmente, hay dos formas de manifestación de la pobreza cuyos determinantes son distintos: crónica y transitoria. La pobreza crónica, se asocia a la baja dotación de activos

del hogar. Por su naturaleza estructural, tiende a perpetuarse en el largo plazo. Por su parte, la pobreza transitoria o coyuntural se identifica con el ciclo de vida de las familias y con los shocks socioeconómicos y de salud que éstas enfrentan; si bien constituye el componente más grande de la situación de pobreza general que enfrenta un país, su duración es de corto plazo.

Por ello, es necesario identificar las variables determinantes de los procesos de entrada y salida de la pobreza, así como los factores que determinan y condicionan la pobreza crónica, entendida como un estado permanente de situación de pobreza, mismo que se relaciona con limitaciones estructurales (educación, capacitación, situación de salud, etc.), así como la pobreza transitoria, asociada a una situación coyuntural y pasajera, como sería la pérdida del empleo.

Por todo lo anterior, debe reconocerse que el principal problema metodológico de los estudios sobre pobreza en el mundo es la prevalencia de enfoques estáticos, centrados básicamente en el análisis de la variable ingreso y algunas carencias sociales. Por ello, la medición de la pobreza, producto de estas investigaciones lineales, no explica ni la naturaleza ni el origen del problema en sí, pues únicamente cuantifica el número de hogares y personas pobres según su nivel de ingreso frente a una línea de bienestar y una canasta de carencias previamente determinadas.

Por ello, es necesario investigar el problema desde una perspectiva compleja, multidimensional y holística, donde el simple número no sea la expresión de la realidad vivida por quienes lo padecen. Por ello, urge aplicar metodologías de análisis que permitan identificar su origen y dinámica, y de esta manera, proponer el diseño de políticas públicas más efectivas contra la pobreza.

2. Desigualdad

Desde el punto de vista económico, la desigualdad alude a la forma en que el ingreso de un país o una región se encuentra distribuido entre la población. Para ello, se emplea un indicador conocido como “coeficiente de Gini”, un parámetro que mide el nivel de desigualdad en la distribución del ingreso en una escala que va de 0 a 1, dependiendo del grado de concentración. De esta manera, un coeficiente de 0 sería indicativo de la inexistencia de desigualdad, en tanto que un parámetro de 1 significaría una total concentración de la riqueza. Históricamente, en todos los países del mundo el coeficiente de Gini ha observado una tendencia creciente, independientemente de su grado de desarrollo y orientación ideológica. Así por ejemplo, en los últimos 30 años, el coeficiente de Gini de China pasó de 0,27 a 0,48; en Brasil se mantiene en 0,50; en Suecia de 0,20 a 0,25; y en Estados Unidos de 0,30 a 0,38. Incluso, el coeficiente a escala mundial (0,70) demuestra una alarmante concentración de la riqueza.

Pobreza y desigualdad van de la mano, lo que se traduce en inestabilidad económica, social y política en los países, así como bajo desarrollo humano. Ello es evidente, pues la creciente desigualdad en el ingreso de la población limita el acceso a la salud y la educación y retroalimenta la pobreza y la inseguridad.

Teóricamente desigualdad y pobreza tienen una relación económica ambigua, pues si bien quienes concentran la riqueza suelen ser los que más invierten en función de incentivos económicos, grandes disparidades en la distribución del ingreso entre la población puede tornarse en ineficiencia económica, ya que una población con limitado poder adquisitivo no contribuye a la formación del mercado interno. No obstante, el efecto más evidente de la desigualdad es que cierra el acceso a la educación, la salud y otros satisfactores básicos que

constituyen los pilares del capital humano y la productividad de los países. Todo ello se traduce en altos niveles de pobreza e inseguridad, tan comunes en América Latina.

Thomas Piketty (2014) en su renombrado libro *El capital en el siglo XXI*, plantea que la distribución de la riqueza constituye en la actualidad uno de los temas más debatidos y controversiales dentro de la economía política contemporánea, y que los debates acerca del tema están más cargados de especulaciones teóricas y prejuicios políticos y sociales que de información y hechos objetivos.

Por ello plantea que ya es tiempo de que los economistas, los investigadores y los hacedores de políticas públicas reubiquen el tema de la desigualdad en el centro del análisis económico, tal como lo hacían los economistas del siglo XIX. Y es que el asunto de la desigualdad en la distribución del ingreso pasó a segundo término en las prioridades económicas a medida que la visión optimista de la economía apuntaba a un auto equilibrio de la economía y a una disminución de las desigualdades en el largo plazo, lo cual como es evidente no ha sucedido.

3. Hambre

De acuerdo al Banco Mundial, en el mundo existen 1.400 millones de personas en condiciones de pobreza, cuyo ingreso diario es menor a 1,25 dólares al día, cifra insuficiente para adquirir los alimentos más básicos para la supervivencia y por lo tanto, pasan hambre. Dicha cifra constituye el umbral oficial establecido por dicho organismo multinacional para clasificar a quienes se encuentran en condiciones de pobreza extrema o pobreza alimentaria; de esta manera, una cuarta parte de la población mundial vive en esta condición. De esta manera, el hambre y la pobreza en los países y sus regiones se retroalimentan mutuamente, constituyendo las dos caras de la misma moneda.

Hambre es una palabra deplorable, un concepto raro del cual se habla mucho. En palabras de Caparrós, “Conocemos el hambre y no tenemos ni idea de lo que es el hambre (2014, p. 21). El tema del hambre que se ha vuelto un lugar común y es motivo de conflictos sociales económicos y políticos. Es por ello, que los políticos, los técnicos y los burócratas a cargo del gobierno de los países pobres y ricos, al igual que de los organismos multinacionales prefieren hablar de sinónimos: Desnutrición, subalimentación, pobreza alimentaria, pobreza extrema, inseguridad alimentaria.

Desde la perspectiva económica y de la ciencia política, el problema del hambre es abordado de manera impersonal por los políticos y los diseñadores de políticas públicas de los gobiernos, las instituciones y organismos multinacionales y regionales. De esta manera, el asunto del hambre en el mundo y qué hacer con ella se vuelve un tema abstracto: Hambre, lucha contra el hambre, reducir el hambre.

Esta visión abstracta del problema no permite ver que detrás del hambre hay seres humanos que la experimentan; que el hambre no existe sin la existencia de las personas que la sufren. En pocas palabras, lo importante no es el hambre sino las personas que la padecen (Caparrós, 2014).

El uso de términos abstractos y técnicos para referirse al hambre y sus consecuencias evita la emoción y las implicaciones humanas del término en sí, lo cual permite a los diseñadores de políticas contra el hambre precisar su objeto de estudio. De esta manera, es usual escuchar los términos desnutrición, malnutrición, inseguridad alimentaria. El resultado de sus investigaciones y estudios acerca del problema, son documentos técnicos generales, entendibles solo para unos cuantos; documentos plagados de propósitos y buenas intenciones acerca de un problema que enfrentan millones de personas en el mundo.

3.1 El hambre como metáfora

El tema del hambre se ha tornado en un cliché, en un reflejo de la pobreza y un propósito del asistencialismo. Por ello, el hambre se asume no en términos de un suceso individual, sino como una situación general, un estado de las cosas, una crisis coyuntural. De esta manera, el individuo en situación de hambre pasa a formar parte de las estadísticas, de las cifras. Así, según Caparrós (2014), el tema del hambre, sobre todo en los países occidentales, se ha vuelto un asunto trillado, una entelequia. De esta manera, "...el hambre es una metáfora porque no es un tema de debate: No produce reflexión porque no tiene contra. Hablar contra el hambre es una tontería porque nadie está a favor: Nadie se manifiesta a favor. El hambre produce la ilusión de que las causas comunes son posibles, que seremos unánimes, que todos juntos adelante: Todos contra el hambre" (Caparrós, 2014, p. 507).

En síntesis, podría afirmarse que el hambre es la metáfora última de la pobreza: Su expresión más indiscutible. "La pobreza...es relativa, para algunos es pobreza lo que para otros sería alivio y para otros miseria absoluta. El hambre, en cambio, no es opinable. El hambre es la expresión más indiscutible de la pobreza, el punto en el que cualquier debate se detiene...El hambre es la pobreza que no admite opiniones, no admite dilaciones" (Ibídem, p. 508).

Entre los términos técnicos establecidos para referirse al hambre se encuentra la malnutrición estructural y el grado más severo del hambre, la denominada malnutrición coyuntural aguda, tecnicismo con el que suele denominarse al problema de las hambrunas. Puesto que su causa fundamental son los fenómenos atmosféricos, terremotos, inundaciones, sequías, plagas, etc. Se piensa que por tratarse de hechos fortuitos, el problema está fuera del control de los gobiernos y por lo tanto no existe responsabilidad directa de ellos, quedando su solución a expensas del asistencialismo mundial y la buena voluntad e intereses políticos de los gobernantes.

La malnutrición estructural, o el hambre estructural es otra cosa, ahí si existe responsabilidad directa de los organismos multinacionales y sus directivos, de los estados y sus gobernantes y diseñadores de políticas públicas (polices makers). Aquí ya no se trata de la catástrofe natural, sino de un problema crónico de hambre acuciante y permanente, del cual se habla poco y nadie quiere reconocer en su totalidad. Es por ello que del hambre estructural, de la pobreza estructural se habla en cifras, en números fríos. Comparativamente, la hambruna es fácil de justificar, basta con culpar a lo impredecible de la naturaleza, a los desastres de la guerra. El hambre estructural tiene una naturaleza crónica, perpetuada en el tiempo, no es una situación fortuita y pasajera, es una condición que se transmite de generación en generación, de padres a hijos y principalmente en los países pobres y subdesarrollados. Como es común referirse a ella en números, se estima que en el mundo unos 2,000 millones de seres humanos la padecen; esto es equivalente a un tercio de los habitantes de la tierra.

3.2 Hambre, pobreza y producción alimentaria

La Organización de las Naciones Unidas, al proclamar en el año 2000 sus Objetivos del Milenio, estableció como primer propósito erradicar la pobreza extrema y el hambre en el mundo. Para dicho organismo, son pobres extremos quienes no alcanzan a tener un ingreso y/o un consumo diario de alimentos de 1,25 dólares. En un mundo caracterizado por la abundancia y la riqueza la presencia del hambre es totalmente injustificable. Desde el punto de vista económico, es sumamente absurdo, ya que quien la padece tiende a ser improductivo laboralmente, tiene dificultades para aprender y su salud se ve seriamente mermada. En este sentido, el hambre influye negativamente en las capacidades y libertades de la gente (Sen, 1999).

Los ideólogos del neoliberalismo han impuesto la idea de que el problema del hambre radica en la insuficiencia de la producción alimentaria y no en asuntos de distribución y especulación alimentaria. De esta manera, la responsabilidad corresponde a causas climáticas, a lo

imprevisible de la naturaleza. No existe un reconocimiento explícito de que la causa principal de la pobreza extrema se encuentra implícita en los fundamentos del liberalismo ortodoxo que propicia la especulación financiera con los alimentos básicos, la liberalización de las políticas salariales, la concentración del ingreso y por ende la desigualdad y pobreza.

El hambre se transmite de manera intergeneracional y crea trampas de pobreza de las cuales es difícil salir. Al limitar la productividad de los individuos, el hambre provoca también limitantes al crecimiento económico de los países y es uno de los principales factores de inestabilidad política y social en el mundo. Es esta la principal preocupación de los países, y por ello la lucha contra el hambre atañe a todos, tanto pobres como ricos (Caparrós, 2014).

3.3 Hambre y Desigualdad

El hambre, aparte de los costos sociales y económicos que representa, significa principalmente la muerte día con día de miles de seres humanos. Ban Ki Moon, Secretario General de las Naciones Unidas resumía dicha situación en las siguientes cifras: cada cuatro segundos una persona muere de hambre, desnutrición y enfermedades asociados, 17 personas cada minuto, 25 mil al día, nueve millones al año. Estas cifras son alarmantes para todo el mundo. Por ello, los gobiernos de los países, los expertos y los organismos multinacionales se pronuncian continuamente contra las principales causas del hambre, según ellos: los desastres naturales (inundaciones, tormentas, plagas y sequías), la sobre explotación del medio ambiente y prácticas agrícolas anticuadas, el cambio climático y sus consecuencias evidentes (deforestación, erosión de los suelos, salinización y desertificación), los conflictos de origen humano (guerras, desplazamientos humanos, etc.), la falta de infraestructura agraria en la mayoría de los países pobres (maquinaria agrícola, semillas, riego, almacenes, carreteras), la corrupción de los gobiernos de los países pobres, y hasta el último, la especulación financiera que eleva los precios de los alimentos en el mundo. Finalmente, todo ello conduce a la

presencia del hambre y trampas de la pobreza en los países. De esta manera, los pobres tienen hambre y su hambre los atrapa en su pobreza. No obstante lo anterior, todo mundo está de acuerdo en el hecho de que la tierra produce alimentos más que suficientes para satisfacer las necesidades de la población mundial.

Al respecto, Sen (1981), premio nobel de economía 1998, opina que el problema del hambre que padecen las familias es debido a la falta de acceso a la comida, no que no exista suficiente comida; es decir, se trata de un problema de distribución, de acceso, de derecho a la comida, y no de producción o disponibilidad de alimentos. Esta aseveración se valida con la experiencia histórica, donde muchas de las peores hambrunas en el mundo se han sucedido en contextos de producción normal de alimentos a nivel global. Dicho de otra manera, el hambre no es únicamente es función de la producción y provisión de alimentos, sino más que nada, de su distribución, de su acceso a los mismos por parte de la población.

Siempre es más fácil y políticamente correcto culpar a la naturaleza por los problemas de hambre, que reconocer que el asunto es un problema de distribución y derecho al acceso de algo tan elemental para la vida humana. Esta perspectiva conduce obligadamente al análisis de la relación existente entre los procesos pobreza-hambre-desigualdad bajo nuevos enfoques metodológicos, capaces de abarcar el todo y las partes del problema, es decir bajo una perspectiva compleja y transdisciplinaria.

4. El Contexto Latinoamericano

En palabras de Galeano (2008), en nuestras oprimidas comarcas, llamadas países en vías de desarrollo por los organismos multinacionales, el sistema ha multiplicado el hambre y el miedo, la riqueza continúa concentrándose y la pobreza difundiéndose. El engranaje internacional continúa funcionando: Los países al servicio de las mercancías, los hombres al servicio de las

cosas. De esta manera, la división internacional del trabajo consiste en que unos países se especializan en ganar y otros en perder. Nuestra comarca del mundo, que hoy llamamos América Latina, fue precoz: se especializó en perder. Por ello, Galeano (2008) dice que América Latina es la región de las venas abiertas, y se pregunta al respecto: ¿Es América Latina una región del mundo condenada a la humillación y la pobreza? ¿Condenada por quién? ¿Culpa de dios, culpa de la naturaleza? ¿El clima agobiante, las razas inferiores? ¿La religión, las costumbres? ¿No será la desgracia un producto de la historia, hecha por los hombres y que por los hombres puede, por lo tanto, ser deshecha?

4.1 Pobreza paradójica

Hoy en día, América Latina se presenta en el mundo como un verdadero enigma. En los años sesenta, los pronósticos vaticinaban que estos países tendrían un futuro de progreso sostenido debido a su excelente dotación de recursos naturales y recursos humanos, buena ubicación geográfica, comparándosele por esta razón con el sudeste asiático. Sin embargo, el pronóstico no se cumplió de ninguna manera. A esto se le llama el enigma de América Latina, ¿Qué pasó? No existe una explicación muy clara a esta situación, cuando se observa esta contradicción entre las potencialidades, las posibilidades y esta pobreza abrumadora que recorre el campo y la ciudad de casi todos los países de la región.

En un contexto de rezago económico, pobreza y desigualdad, en América Latina la corrupción es una rémora del desarrollo y causa central de la pobreza y de la extrema pobreza en la sociedad de nuestro tiempo. Al respecto, según Kliksberg (2007) existe una sed de ética en grandes zonas del mundo, especialmente en América Latina, por lo que recomienda la puesta en marcha de políticas públicas capaces de combatir la corrupción, la desigualdad, la inequidad y la injusticia social. El papel de la desigualdad es central en América Latina, no hay futuro con grandes desigualdades, por lo que el papel del Estado resulta fundamental; sin embargo, existe

una desvalorización generalizada de las políticas públicas. Esa idea propalada por la economía neoliberal de que se puede sin el Estado, y que es un desecho histórico, que el mejor gobierno es el no gobierno, ha permeado profundamente en nuestros países. Ello ha llevado a creer que sin instrumentos de política pública se pueden combatir los problemas centrales de pobreza y desigualdad.

De esta manera, en América Latina se ha reducido indiscriminadamente la institucionalidad pública, se ha desprestigiado la función pública y se han desarticulado buena cantidad de políticas públicas de corte social y económico. En la actualidad, América Latina presente un cuadro extendido de lo que se conoce como “pobreza paradójal”, debido a que las alarmantes cifras de pobreza no se corresponden con la privilegiada dotación de recursos naturales de la región, y ni siquiera con los niveles de Producto Interno Bruto (PIB) y Percápita. Se trata así de la paradoja de amplios niveles de pobreza en medio de la riqueza potencial.

En síntesis, en América Latina es necesario un modelo de desarrollo que integre las dimensiones éticas, ya que hoy día no basta limitarse a las leyes del mercado y la economía neoliberal. Hay que fomentar la solidaridad, ya que un modelo de desarrollo que no tome en cuenta las desigualdades sociales persistentes no podrá prosperar de ningún modo. En este contexto, en América Latina hay sed de ética, hay necesidad de superar la escisión entre la ética y la economía presente en la actualidad. En este sentido, Kliksberg sostiene que a pesar de las inequidades sociales y económicas características de la región latinoamericana, resultado de los ensayos económicos neoliberales aplicados en las décadas de los ochentas y los noventas, es posible crear una nueva realidad dándole un perfil humano y ético al desarrollo. Él sostiene que el crecimiento económico no tiene sentido si no se traduce en inclusión y dignificación de las grandes mayorías (2007).

Referencias

Caparrós, M. (2014). *El hambre*. Argentina, Ed. Planeta.

Galeano, E. (2008). *Las venas abiertas de América Latina*. México: Siglo XXI Editores.

Kliksberg, B. (2007). *Ética y desarrollo. La relación marginada*. Argentina: El Ateneo-BID.

Piketty, T. (2014). *El capital en el siglo XXI*. México, Fondo de Cultura Económica.

Sen, A. (1981). *Bienestar, justicia y mercado*. Serie Pensamiento Contemporáneo, 1ra. reimp.

España: Paidós.

Sen, A. (1992). *Desarrollo y Libertad*. México: Editorial Planeta.